

ESTUDIO; por ANDRÉS BARCELÓ ARNEO.

ROSA Y VICENTE

Se amaban con pasión tan ardorosa Vicente, el modestísimo escribiente, y Rosa, la modista primorosa, que Vicente moriase por Rosa y Rosa se moría por Vicente. Y, sintiendo latir sus corazones desde el día feliz en que entablaron aquellas amorosas relaciones, á impulsos de un amor que no soñaron ninguno de los dos hasta aquel día en que eterno cariño se juraron, como uno por el otro se moría, primero que morirse... se casaron.

Tenía el tal Vicente, en Benavente, un pariente llamado Juan Canosa que no vino á la boda de Vicente y no sé por qué causa ó por qué cosa; el cual pariente en carta cariñosa le decía á Vicente, complaciente, que fuera á Benavente con su esposa, porque quería el bueno del pariente ver á Vicente y conocer á Rosa.

Con tan extrañas muestras de alegría, leyeron de la carta los renglones en donde Juan Canosa les decía, con tan sanas y buenas intenciones, el placer infinito que tendría en que fuera Vicente á Benavente, acompañado de su buena esposa, para pasar en grata compañía

una semana ó dos tranquilamente, haciendo aquella vida deliciosa que hacía en Benavente Juan Canosa, que hubo de decidirse, al fin, Vicente á aceptar el obsequio del pariente, y á Benavente se marchó con Rosa.

¡Qué vida tan feliz, tan placentera, disfrutaban allí Vicente y Rosa!... Lo pasaban los dos de tal manera, que solían decirse: «¡Quién pudiera tener siempre esta vida tan dichosa!...» Disponían de todo á su capricho, lo mismo que en su casa exactamente; pues su pariente les había dicho: —«Obrad aquí con libertad completa.» De modo que los dos en Benavente, tenían, sin gastar una peseta, cuanto para vivir cómodamente un feliz matrimonio necesitaba; pues hasta los criados del pariente llamaban á Vicente, don Vicente, y llamaban á Rosa, señorita.

Pero, pasando el tiempo, llegó un día en que Vicente, con pesar profundo, pensó con su mujer volver á casa, porque el pobre Vicente, comprendía que todo tiene fin en este mundo y que tarde ó temprano todo pasa. De manera, que el hombre, aunque sentía dejar aquella vida tan hermosa,

MALAGUEÑAS

I

Desde que murió mi madre,
cuando mis ojos se cierran,
miro entre sueños sus labios
que me nombran y me besan.

II

Los ojos de mi gitana
suelen decir muchas cosas
que sólo llega á entender
el gitano que te adora.

III

El amor mío se muere
y se me muere de frío,
que ya es de mármol el pecho
donde le dieron asilo.

IV

Yo soy viejo para ti
y tú para mí eres niña,
¡cómo has de querer la noche
si tienes la luz del día!

V

No hay quien de pena se muera
ni desengaño que mate,
¡cuando no me he muerto yo
no muere de pena nadie!

VI

A que el fruto madurase
esperé todo el otoño,
¡un momento me alejé
y lo recogieron otros!

VII

Palomita de mi gusto,
rosa del mejor jardín,
manojito de jazmines
que no será para mí.

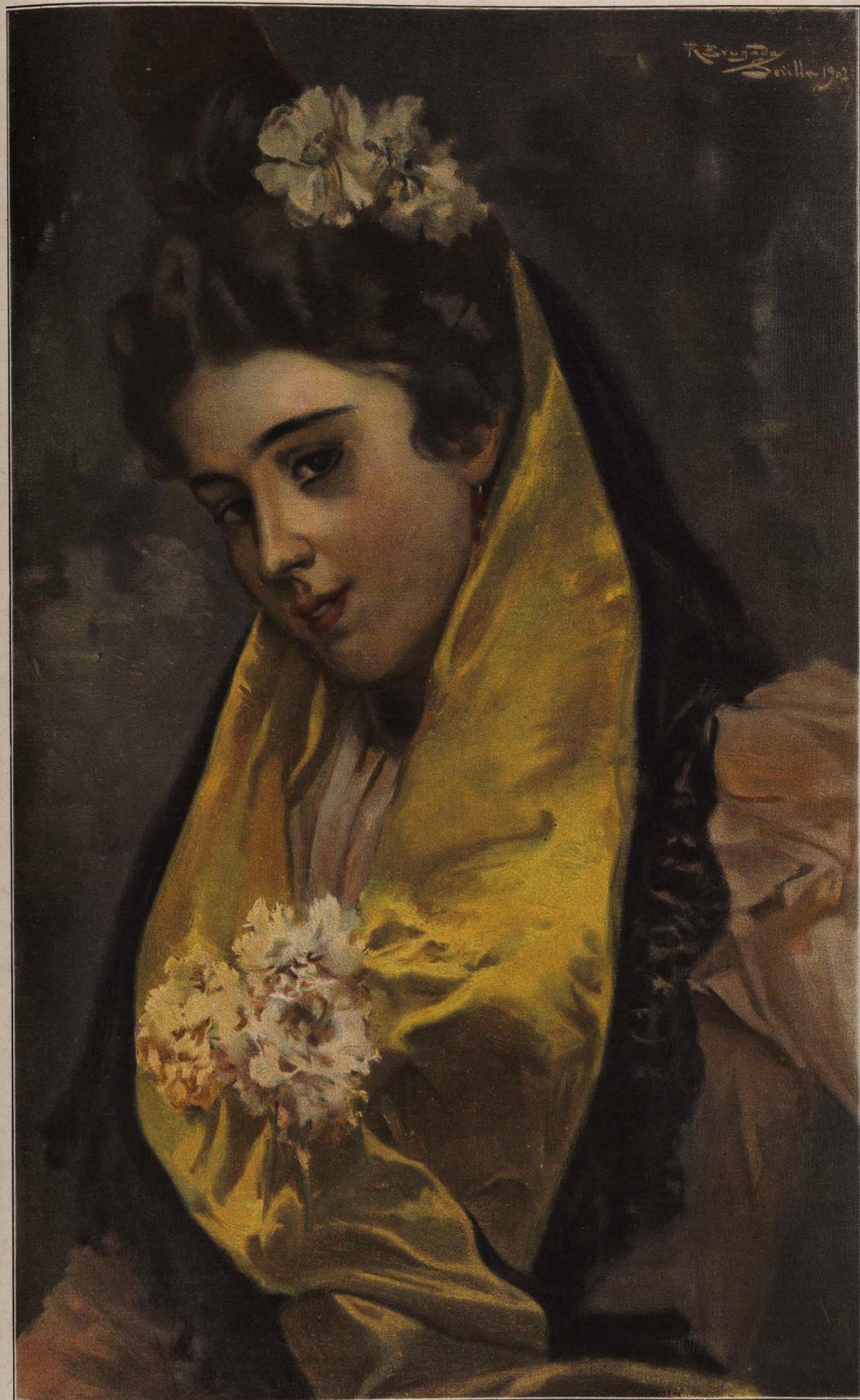
VIII

No me mires, no me mires,
que es una broma pesada
hacer que adivine el cielo
para ocultarme la entrada.

IX

Los angelitos del cielo
cuando duerme mi morena
bajan á velar su sueño.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Cuadro de RICARDO BRUGADA.

LA RUINA DE PERICO

Hacia aquella tarde mucho frío. Era una de esas tardes invernales en que la niebla mete su vaho de pulmonía por todos los resquicios y se nota su contacto hasta en la médula del hueso.

Los concurrentes al casino se apiñaban como un rebaño en torno de una chimenea enorme, donde ardían gruesos troncos de carrasca.

Las llamas doradas en la base, azules y rojas al escurrirse caño arriba, chupaban con voracidades de sanguijuela en la robusta musculatura de aquellos pedazos de árbol. Y el fuego con su abrazo destructor arrancaba chasquidos á la resina y producía hirvientes en la savia contenida por el hachazo; última protesta del leño húmedo y vigoroso antes de convertirse en brasa tranquila.

Era la hora de saborear el café y no tardó en formarse ruidosa tertulia al amor de la lumbre.

Llegó de los primeros un viejo horriblemente calvo. Luego, un caballero de ojillos grises con barba muy recortada y un gesto entre burlesco é indiferente, pegado al labio caído, como marchamo á la mercancía.

Sucesivamente entraron hasta media docena de tipos sin relieve, manosos habitantes en los extensos dominios de la vulgaridad.

Llegó por último un jovencito peripuesto, con agudo tufillo de traje nuevo y perfume barato. Se sentó aparentando indiferencia, pero deshaciéndose por atisbar con el rabillo del ojo el efecto de su terno reluciente entre aquella cáfila de señores deshilachados y grasientos, de partido judicial. Como los reunidos eran ya bastantes, empezó la dulce tarea del desuello.

Un socio humorista había bautizado aquel rincón con un nombre que por sí lo decía todo: *la Aduana*. En efecto, no había en el pueblo infundio, llo, ni sonada que resistiese al minucioso examen de los terrillos de la chimenea; nada se salvaba de su fiscalización espontánea; era imposible el contrabando y solía cargarse la mano en el arancel; muchas veces se quedaba una reputación como no dieran dueñas, entre las uñas de aquellos honorables convecinos.

El día de autos, no teniendo actualidad en que cebarse, se optó por la historia retrospectiva.

—¿Qué será de don Emeterio?

—¡Pobre diablo!

—¡Era un tunante!

—¡Un mozo sin entraña!

—¡Un miserablón zafío!

—¡Un republicanote soez!

—¡Le estuvo bien aquella mala pasada de la fortuna!

—¡Recibió el pago que merecía!

—¡Señores, señores!—clamó un tertulio silencioso hasta entonces.—

Caridad para con el ausente; mejor aún para con el caído...

—Y de Blasillo el *estirao* ¿os acordáis bien?—arguyó socarronamente el viejo pelado.

—Don Blas, debió usted decir. ¡También fué buena caída la suya.

Al fin Emeterio pulió lo que le pertenecía, lo que heredó de sus mayores. Pero, Blasillo, Blasillo fué un estafador de aquella pobre mujer que ligó á su existencia para ir martirizándola poco á poco. Aquel tío era un inquisidor...

—Y perdió más de dos millones, más de tres...

—Más; ella era hija sola y su padre mayorazgo de casa grande.

—La verdad es, que en pocos años «han caído» muchos. Porque cuidado con lo que le pasó al conde de la Laguna; y á Jerónimo el Antillano, y á don Juan José...

—¡Otros tres arruinados! de sus arcas repletas no queda ni un pavés...

—Ya puede calcularse en más de seis millones, sumando lo de este y lo del otro, lo que se ha llevado la trampa en un par de lustros...

—En seis millones... y el pico.

—¡Eal yo he perdido más que todo eso...

El que así dijo era un hombre de una cincuentena de años, alto, verduoso de color, enjuto de carnes, con arrugas muy marcadas en la frente, á la que servía de enresgado dosel el pelo entrecano, hecho sortijillas; los ojos, ligeramente mortecinos, parecían mirar más para adentro que para afuera, eran ojos de soñador y sólo tenían llamear fugitivo cuando, merced á un soberano esfuerzo de la voluntad, aquel hombre se reintegraba al medio ambiente, sacando á la imaginación del albeolo de sus preocupaciones.

—Yo he perdido más que todos—repitió viendo sonreír burlesco á sus contertulios.

—¡Este Perico es siempre el mismo!

—¡El eterno poeta!

—¡El visionario incorregible!

Y sonó una de esas carcajadas que tienen filo y suelen abrir tajo en la sinceridad ó en el amor propio.

—Reid cuanto queráis. El hombre puede arruinarse de muchos modos.

—Mal has podido arruinarlo, cuando nunca tuviste capitales.

—¡Claro está!—adujo el señor del labio caído.—¿Qué ha hecho usted en este mundo? Viajar algo y escribir comedias por amor al arte. Ninguna de las dos cosas le ha dado á usted honra ni provecho. Con los viajes gastó sus pocos recursos, y con las comedias ha perdido el tiempo lastimosamente...

Entonces la carcajada fué estruendosa.

—¡Anda con esa, Perico!—exclamó el vejete socarrón, añadiendo:—

Tú solo puedes presumir de que tuviste «que ver» con muchas...

—Y ya usted ve lo que le han valido: un vinagre de estómago que le hipoteca el buen humor...

—¡Anda con esa! ¡Anda con esa! ¡Buena pulla te ha puesto ahora el señor médico—volvió á exclamar el calvete atragantado á puro de reír.

—¡Las mujeres!—dijo otro tertulio sentenciosamente.

—¡Por mí no quedaría ni la raspa!...

—Pues por mí—rugió Perico, poniéndose en pie y sacudiendo sus escarolados cabellos con majestad tribunicia—tendría cada una un altar...

Y conste que hablo así después de ser ellas la causa de mi ruina. Y conste también, que creo ser entre ustedes el único soltero. Ahora, saquen la consecuencia...

El silencio fué absoluto.

—¡Yo soy viudol—dijo irónicamente el calvo, y añadió reanudando la conversación:—¿A cuánto, á cuánto asciende Perico, ese capitalazo que has consumido con tus favoritas?

—¿Tiene usted prisa en saberlo? Voy á darle gusto.

Asciende, á cuanto vale mi sangre, á cuanto vale mi vida, á cuanto pudo valer mi porvenir.

Todos los presentes pusieron ojos de susto y abrieron boca de á palmo. Era la primera vez que oían aquel tono y apreciaban aquella fosforescencia en las pupilas de su interlocutor.

Iban á saber algo interesante. Había caído en *la Aduana* una buena presa. Aquel era otro Perico; el Perico «de las comedias» quizá, que ellos conocían únicamente por rumor lejano de gaceta periodística ó por relato de forastero, siempre puesto en cuarentena.

—Tengo ya algunos años. Siento el cansancio de los que han amado mucho. Siento la vejez peor porque mis arrugas caen por dentro. Me han dicho infinitas veces mis amigos y mis maestros, que sería siempre pobre. ¿Sabéis por qué delito? Porque nací con mucho corazón.

Yo no lo creí nunca. Cuando un hombre tiene corazón, tiene la fortuna mayor de todas. Eso sí; ha de ser fatalmente pródigo. Y el ser rico de ese modo tiene otro peligro; la riqueza hay que gastarla con las hembras.

Pocos años tenía cuando empezó á pesarme mi renta nativa. ¡Había que derrocharla á todo trance!

Bien lo recuerdo: mi primer impresión amorosa coincidió con una lectura funesta; me sedujo el arquetipo romántico de Lamartine. Encarné en *Rafael*, sentí con su alma novelesca y, claro está, corrí la primera aventura. Entonces era estudiante; al decir de muchos casi una promesa.

Yo pasaba de largo por aquellos augurios. Me escarabajaba la musa platónica, hacía endecasílabos cojos en vez de practicar el álgebra, y agradecía más una mirada de mi novia que una nota de sobresaliente.

Cinco años pasé en pleno idilio. Un día leí el *Werter* con voracidad y adelantado ya en mi adolescencia, sentí inquietantes plenitudes masculinas. Mi adorada tornóse Carlota, apetecida con todo el vigor de la sangre que pasa por el rescoldo de un corazón de veinte abriles.

Y cuando sufrí el primer fustazo del desdén, sentí la ola roja del suicida y llegué á pensar en la pistola del protagonista de Goethe como en un punto final digno de la epopeya.

Con el primer desengaño, mi romanticismo sufrió un golpe de muerte; pero, en cambio, me declaré luchador abierto en terreno más resbaladizo. Amé otra vez... para dejar de amar.

Cayó en mis manos Tasso. Le acompañé en sus noches y tuve una Leonor casi tan ideal como la del poeta. Me conmoví luego columbrando en sus divinas amarguras al retirado en Vancluse, y amé á una Laura que debo confesar dió á mis pingües *caudales*, el mejor pellizco.

En esta etapa fué cuando planéé comedias y dramas, comencé muchos y no acabé ninguno. ¿Cómo? Mi inspiración y mi cariño eran paralelos. No podían nunca coincidir. Llegué á leer el plan de algunas obras á literatos hechos. Casi, casi, me proclamaron genio.

—«Sí, acabe usted eso. Es una concepción.» ¿Acabarla? Dos horas sobre las cuartillas, eran dos horas de abandono para mi amante que maldecía su viudez con desprecio felino. Y en esta lucha entre muchas obras y muchas Lauras, vencieron siempre las segundas. Para mí tuvo más imán una sonrisa que una tirada de cuartetas...

Así llegué á los cuarenta; con un bagaje enorme de pasiones y de libros; todo á medio empezar, torpemente esbozado, á trechos con algún borrón de los que se echan en instantes de fiebre y de deseos alocados. Multipliqué mis amores, me arrojé á su corriente, fuí un *spormant* de la emoción, un caprichoso. Llegué á cifrar mi porvenir en una noche de placer.

Escribí lo necesario para vivir vida bohemia, para rescatar el men-drugo. Trabajé muy poco y muy aprisa para robar al menos tiempo posible á mis mujeres.

Por ellas arrojé desidia, soporté desastres, lloré muchas derrotas; pero me lo cobré á buen precio, á ellas les debo mis horas más felices.

Y aquella renta nativa se fué poco á poco consumiendo hasta que, dilapidador incorregible sentí la atrofia del sentimiento, la caducidad de la sensación...

Hoy, ya me veis; soy un vencido. Repaso mi historia con cara tan triste como cualquier don Emeterio, como cualquier *Blasillo* que girara inspección á sus bienes raíces desposeídos.

Se me arruinó el corazón. Perdí mi capital, un capital que podía haberme dado la gloria, ¡lo único que no tiene precio en este mundo!

Ahora, decidme ¿quién ha perdido más que yo?...

Y por toda respuesta, el vejete irónico, con los ojos humedecidos, murmuró:

—Señores: ¡creo en la ruina de Perico!...

ANGEL ALCALDE

CANTANTES EXTRANJERAS



Fot. de Reutlinger

WANDA BORISSOFF

Es una artista de grandes alientos, llamada á figurar en primera línea entre las celebridades musicales.

De arrogante y hermosa figura, haciendo alarde de propiedad y buen gusto, hasta en los mínimos detalles, encarna con verdadero *amore* el personaje que le está encargado, lo que contribuye al realce de sus privilegiadas facultades vocales.

Dotada de una voz agradable y extensa que se mantiene siempre en la misma fuerza y flexibilidad, canta con expresión y sentimiento, ganándose desde luego las simpatías y admiración de los públicos, aunque sean tan exigentes como el de Barcelona, en cuyo teatro del Liceo ha cosechado entusiastas aplausos durante las dos últimas temporadas; prueba evidentes de su mérito superior.

La señorita Borissoff nació en Rusia, de una distinguida familia. Su vocación por el arte dióse á conocer muy pronto, y Viena y París,

dos centros musicales de la mayor importancia, perfeccionaron sus dotes artísticas, debutando luego con los mejores auspicios en los grandes conciertos clásicos de Montecarlo.

De allí pasó á Alemania, precedida de excelente reputación, la que confirmó y acrecentó en Bremen, donde hizo una creación del oratorio del célebre Rubinstein, titulado: *Christus*.

Las aprobaciones de los músicos más inteligentes fueron un nuevo estímulo para ella, y desde entonces ha sido constantemente solicitada por las empresas de los países en que se cultiva la ópera, pues la aplaudida contralto tiene un vastísimo repertorio en cuatro idiomas.

Entre sus obras favoritas, merece particular mención *Sansón y Dalila*, en la cual, desempeñando la protagonista, alcanza grandes triunfos por su belleza plástica, su hermosa voz y sus dotes de actriz que tan perfectamente encajan con el dramático papel de «Dalila».
